

## Relecturas de Pablo Latapí

Jorge Alonso

Agradezco la invitación a participar en el Panel “Pablo Latapí. Vida y obra” en la sesión de apertura de la Cátedra Pablo Latapí que ha organizado el ITESO. Considero que una manera de recordar a Pablo Latapí es remitirse a algunos de sus escritos. He elegido en particular dos de ellos correspondientes al año 2007. Latapí decía que hacía más de cuarenta años, unos cuantos habían roturado el terreno para abrir un nuevo campo de investigación científica, el de la Investigación Educativa. Quienes lo hacían tenían la seguridad de que sus iniciativas contribuirían a la construcción de un mejor país. Latapí subrayó que la gran innovación que hicieron quienes impulsaron la investigación educativa en los sesenta fue concebir la educación como un objeto de estudio multidisciplinar, como un punto de encuentro de muy diversas disciplinas: sociología, economía, estadística, psicología, antropología social, administración, historia, ingeniería de sistemas y otras, lo que constituía un cambio de paradigma.

Al echar la mirada sobre la situación mexicana de finales de la primera década del siglo XXI Latapí comprobaba datos desconsoladores: casi la mitad de la población vivía debajo de la línea de pobreza y una quinta parte de ella estaba debajo de la línea de pobreza extrema. Constataba que el empleo era radicalmente insuficiente, lo cual aumentaba el sector informal y arrojaba a una parte importante de la mano de obra mexicana a la emigración en busca de trabajo; la desigualdad económica y social resultaba altamente insultante e iba en aumento. Otros datos revelaban que la calidad de los servicios públicos, por ejemplo de seguridad o de salud, se habían degradado, y que estaba en riesgo la sustentabilidad del país por el consumo de recursos no renovables, por la contaminación del agua y la deforestación de los bosques y selvas. Eran alarmantes la corrupción y la impunidad que se generalizaban y eran aceptadas como hábitos de vida irreversibles. La inseguridad, el narcotráfico y el crimen organizado se hacían ya intolerables.

Ante esto Latapí exclamaba que le dolía México, al que a veces veía como un país inviable que había perdido su rumbo e ignorado su hora; un país sumido en discordias internas, librado a la mediocridad y la irresponsabilidad de sus élites. La lista de los bienes que los mexicanos habían perdido resultaba alarmante: la salud de innumerables niños y jóvenes esclavizados por la droga, la seguridad de nuestras calles, la confianza entre los vecinos, y sobre todo la autoestima colectiva, la cohesión y el entusiasmo compartido para construir un futuro mejor. Latapí indicaba que en las últimas décadas muchos habían contribuido para que

ahora estuviéramos todos al borde del precipicio. En el rubro de la educación nacional constataba rasgos deprimentes. Le dolía en especial la educación pública, y acotaba que desde muchos parámetros también la educación privada estaba plagada de deficiencias. En pocas palabras, decía que la educación era mala.

Una de las razones de ese grave deterioro tenía que ver con la entrega que había hecho el Presidente de la República de espacios vitales de la Secretaría de Educación Pública al Sindicato Magisterial, un sindicato que, extralimitado en sus funciones, se había constituido en un grupo de poder que, en vez de apoyar, obstruía con mucha frecuencia las iniciativas para mejorar la educación. Arreglos de conveniencia y complicidades entre el Ejecutivo Federal y el Sindicato magisterial se aceptaban como una *realpolitik*. Así había sido con los gobiernos del PRI, que descansaba en el control corporativo de los grandes sindicatos. Pero se lamentaba que cuando esperábamos que se derrumbara ese régimen y empezara a sanearse esa relación, las cosas habían empeorado y éramos testigos de que la educación pública se hubiera entregado como rehén a la corrupta y prepotente dirigencia sindical.

Examinando las decisiones de la Cámara de Senadores y de diputados no encontraba que se rigieran en la mayoría de los casos por el bien del país ni por objetivos a largo plazo, sino por la conveniencia de los intereses partidistas. En los últimos años las élites políticas habían exhibido, día a día, su frivolidad; intercambiaban favores y conveniencias, mientras la atención efectiva de los intereses del país se aplazaba indefinidamente. Y algo semejante sucedía en los gobiernos estatales y sus Congresos, en los que brillaban por su ausencia acuerdos políticos de altura orientados a garantizar políticas educativas exigentes.

Latapí también señalaba que, con muy escasas excepciones, los empresarios del país nunca se habían interesado por apoyar seriamente la auténtica educación. No veía que la energía del empresariado se hubiera comprometido con la causa de la educación. Aseguraba que la gran mayoría de mexicanos adultos, fuera que tuvieran a sus hijos en escuelas públicas o privadas, eran indiferentes o estaban resignados ante las deficiencias del sistema educativo. Preguntaba quién exigía una educación de calidad como derecho.

Ante esto exhortaba a dar preferencia a proyectos “radicales”, proyectos que rompieran con lo establecido, pues si lo establecido no estaba dando resultado, era que lo que se consideraba normal estaba mal; por lo que había que dar el salto a lo heterodoxo. Señalaba que se tenía que acelerar el establecimiento de condiciones más equitativas para la educación de los más pobres y marginados, muy especialmente de las poblaciones indígenas. Exclamaba que el tiempo de México, y también el de cada uno de nosotros, se agotaban. Pedía que viviéramos intensamente, y que

frente al presente azaroso construyéramos un país donde reinara la justicia social <sup>(1)</sup>.

Con motivo del doctorado *honoris causa* que Latapí recibió de parte de la Universidad Autónoma Metropolitana profundizó en el tema de la calidad de la educación universitaria. Fue un discurso crítico que solicitó que se entendiera como señales de alerta. Sintetizó lo que se exigía en esos momentos a las universidades: se les instaba a modernizarse, a ser eficientes, a preparar los cuadros que demandaba el mercado, a desarrollar una cultura empresarial, a innovar los métodos pedagógicos, a evaluarse y acreditarse sobre bases sólidas. Como paradigma al que debían someterse se proponía la llamada “sociedad del conocimiento”. Latapí reflexionó que todo esto estaba provocando varios equívocos. Había instituciones de educación superior que presumían que eran de excelencia, que sus programas, sus maestros y sus alumnos eran excelentes. Latapí fue demoledor: eso era una aberración, pues quería decir que ese superlativo de bueno era en la práctica algo perfecto. Recordaba que ninguna filosofía educativa había tenido antes la ilusoria pretensión de proponerse hacer hombres perfectos. Argumentaba que educar siempre había significado crecimiento, desarrollo de capacidades y maduración. Una buena educación tenía que impulsar una disposición permanente a seguirse superando. Además, el propósito de ser excelente conllevaba la trampa de una secreta arrogancia. Lo que una pedagogía sana debía procurar era incitarnos a desarrollar nuestros talentos, preocupándonos porque sirvan a los demás. Recalcaba que querer ser perfecto desembocaba en el narcisismo y el egoísmo. Planteó: “Si somos mejores que otros –y todos lo somos en algún aspecto- debemos hacernos perdonar nuestra superioridad, lo que lograremos si compartimos con los demás nuestra propia vulnerabilidad y ponemos nuestras capacidades a su servicio”. Invitaba a los maestros a formar a sus estudiantes en la realidad, a invitarlos a desarrollar su autoestima y a ser mejores y a madurar, pero asumiendo siempre su riesgosa condición humana, y a estrechar lazos solidarios con todos, sobre todo con los más débiles.

Otra exigencia de las universidades era la de la calidad, aunque nadie ofrecía una definición de calidad plenamente convincente. Reconocía que había indicadores para identificar las malas prácticas que impedían la calidad. Pero el problema de la calidad era un debate abierto. Latapí advertía que no se debía confundir la calidad con el aprendizaje de conocimientos, lo que simplificaba el problema falsamente pues la educación no era sólo conocimiento. Le preocupaba también que se establecieran comparaciones de escuelas o instituciones que ignoraban las diferencias entre contextos o las circunstancias de los estudiantes, a veces abismal-

<sup>1</sup> - Pablo Latapí, “¿Recuperar la esperanza? La investigación educativa entre pasado y futuro”, Conferencia de clausura, IX Congreso Nacional de Investigación Educativa, Mérida, Yuc., 9 de noviembre de 2007.

mente distintas. Lo que más repudiaba era que se confundiera calidad educativa con el “éxito” en el mundo laboral, definido éste por referencia a los valores del sistema. Enfatizaba que era una perversión inculcar a los estudiantes una filosofía del éxito en función de la cual debían aspirar al puesto más alto, al mejor salario y a la posesión de más cosas. Subrayaba que era una equivocación pedagógica llevarlos a la competencia despiadada con sus compañeros porque tenían que ser “triunfadores”. Se cuestionaba: Para que haya triunfadores ¿no debía haber perdedores pisoteados por el ganador? ¿No éramos todos necesariamente y muchas veces perdedores, que, al lado de otros perdedores, debíamos compartir con ellos nuestras comunes limitaciones? Criticaba el concepto de “líder” que pregonaban los idearios de algunas universidades, basado en la autocomplacencia, el egoísmo y un profundo menosprecio de los demás. Sostenía que una educación de calidad, en cambio, sería la que nos estimulara a ser mejores pero también nos hiciera comprender que todos estábamos necesitados de los demás, que éramos “seres-en-el-límite”, a veces triunfadores y a veces perdedores.

Sugería una concepción de la calidad: decía que la calidad arrancaba en el plano de lo micro, en la interacción personal y cotidiana del maestro con el alumno y en la actitud que éste desarrollaba ante el aprendizaje. Reflexionando sobre su propia educación aducía que sus educadores le aportaron calidad cuando lograron transmitirle estándares que lo invitaban a superarse de muchas maneras, en diversas áreas de su desarrollo humano –en los conocimientos, en las habilidades, en la formación de sus valores. Recordaba que sus educadores no sólo le habían transmitido estándares, sino lo habían incitado a compararse con esos estándares, a comprender que había algo más arriba, que él podía dar más, o sea, le habían ayudado a formarme un hábito razonable de autoexigencia.

De acuerdo con Latapí una educación de calidad era la que formaba un hábito razonable de autoexigencia. Y recalca el calificativo de “razonable” para que no se cayera en un perfeccionismo enfermizo o en un narcisismo destructivo. Hablaba de que la búsqueda de ser mejor debía ser razonable, moderada por la solidaridad con los demás, el espíritu de cooperación y el sentido común. Resaltaba que buscar una educación de calidad no era inventar cosas extravagantes (como llenar las aulas de equipos electrónicos o multiplicar teleconferencias con Premios Nobel), sino saber regresar a lo esencial. Ponía un ejemplo: un cuaderno de composición de Español, corregido con lápiz rojo, en el que el profesor explicaba el por qué de cada corrección, transmitía “estándares de superación” y llevaba al estudiante a comprender que había mejores maneras de utilizar el lenguaje, que él podía escribir mejor; y lo motivaba para exigirse más.

La concepción de calidad educativa defendida por Latapí descansaba en el

supuesto de que para poder transmitir calidad era necesario reconocerla, y para poder reconocerla era necesario tenerla. Decía que en esto no había círculos viciosos ni tautologías, sino el reconocimiento de que la educación era en esencia un proceso de interacción entre personas, y de que la calidad dependía decisivamente de la del educador.

Era muy enfático en que el problema de la calidad no debía abordarse desde teorías empresariales de la “calidad total” ni desde la preocupación por mejorar la “oferta” comercial para triunfar en la competencia, sino desde perspectivas existenciales más profundas. Había que transmitir a los jóvenes experiencias personales por medio de las cuales los verdaderos educadores habían adquirido su propia visión de lo que era una vida de calidad; éstos tenían que esforzarse por que el estudiante llegara a ser él mismo, un poco mejor cada día, inculcándole un hábito razonable de autoexigencia que lo acompañara siempre. Al fin de cuentas los educadores sólo transmitían lo que eran, lo que habían vivido: algo de sabiduría y algunas virtudes venerables que no pasaban de moda: un poco de compasión y solidaridad; respeto, veracidad, sensibilidad a lo bello, lealtad a la justicia, capacidad de indignación y a veces de perdón; y algunos estímulos para que sus alumnos descubrieran su libertad posible y la construyeran. Acotaba que ciertamente esto no era mucho; pero si los jóvenes y las jóvenes recogían estas enseñanzas y si además se tomaban a sí mismos con sentido del humor, podrían cumplir decorosamente con el cometido de convertirse en hombres y mujeres cultivados, que estuvieran a la altura de hacerse cargo de sí mismos y de los demás.

Latapí también cuestionaba la consigna de la “sociedad del conocimiento” que se proponía como ideal obligatorio de toda institución de educación superior, no porque no fuera un ideal válido sino porque era incompleto y equívoco. Latapí enseñaba que el conocimiento que requerían las sociedades no era sólo el vinculado a la economía; sino con otros muchos tipos de conocimiento. Planteaba que las universidades no existían sólo para crear y promover el conocimiento económicamente útil sino todas las formas de conocer que requiere una sociedad. Sostenía que era valiosa la convivencia de los diferentes en las comunidades universitarias. Aceptaba la sociedad del conocimiento que incluyera la universalidad de los saberes humanos, y llamaba la atención acerca de la trampa de convertir a las universidades en fábricas de inventos prácticos; siendo ellas creaciones del “homo sapiens”, no debían reducirse a talleres del “homo faber”. La universidad no podía circunscribirse a ser un apéndice de la empresa, sino una institución responsable de generar, proteger y difundir todos los tipos de conocimiento que requería el país, también los aparentemente improductivos.

Según Latapí la universidad actual debería ser un baluarte contra el devas-

tador proceso de comercialización total al que estaba llevando la entronización del mercado capitalista. Estaa en contra de que en la globalización capitalista se mercantilizara todo. Se habían convertido en mercancías muchos bienes primarios que condicionaban la existencia; se vendía el agua tan indispensable; en esa lógica pronto seguiría la comercialización del aire y del sol. Recordaba que la salud hacía mucho que se comerciaba en un mercado altamente tecnificado. Se estaban vendiendo hasta los conocimientos tradicionales de los pueblos originarios, patentados por laboratorios transnacionales que se los habían apropiado sin dar crédito a su origen; y se hablaba con todo rigor de “industrias culturales”, reduciendo obras del espíritu y de la creatividad humana a la categoría de simples mercancías. Criticaba que la dimensión mercantil se extendiera a todos los dominios de la vida. Ante la era de la mercancía total, ante este intento mundial de convertirnos a todos en mercaderes y productos, la universidad tenía la misión de no dejarse llevar acríticamente por el juego de las complicidades del mercado capitalista.

Para Latapí las universidades debieran profundizar en la naturaleza del conocimiento científico y en sus limitaciones. Decía que al conocimiento científico que buscaba explicaciones, había que añadir el que buscaba significados. Sostenía que para los educadores la historia siempre estaba reiniciándose; que existían otras alternativas, y que nos tocaba crearlas. Invitaba a perseguir nuestras utopías experimentando los riesgos de nuestra precaria libertad y manteniendo la esperanza <sup>(2)</sup>.

Muchas veces hemos discutido cómo cambiará la educación profundamente, y hemos aceptado que eso no sucederá hasta que se transforme el país en algo viable para todos. Pero el país no va a cambiar de golpe y en un solo momento, sino que necesita para ello un largo proceso. Por eso mismo todos los cambios que se puedan ir introduciendo desde ahora en los espacios en los que nos movamos serán fundamentales para alcanzar en algún momento la transformación integral. Pablo Latapí con rigor escudriñó y analizó el modelo hegemónico educativo mexicano. Pero atisbó que no debía existir sólo un modelo educativo, y que había experiencias en muchos sitios que hacían ver que eran posibles otras educaciones. En esas experiencias se detectaba que la pobreza no era necesariamente destino para una educación de mala calidad, cuando los sectores pobres se organizaban autónomamente y ensayaban vías educativas propias, como sucedía en los caracoles zapatistas. El modelo educativo hegemónico ha estado impulsando un epistemicidio de los saberes y conocimientos válidos de muchos sectores, sobre todo de los pueblos originarios. No obstante, éstos han estado impulsando la defensa de sus saberes como otra manera de conocer. En Oaxaca y en Chiapas

<sup>2</sup> - Pablo Latapí, Extractos de la Conferencia Magistral al recibir el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Autónoma Metropolitana, el 22 de febrero de 2007.

han emergido las llamadas Universidades de la Tierra donde no se buscan títulos sino conocimientos adquiridos de manera horizontal, válidos para la vida de los pueblos. A mí me ha impactado el ver que vendedores de periódicos en la ciudad de Guadalajara, después de haber cumplido con esa tarea, son capaces de participar en seminarios en donde discuten autores tan complejos como Castoriadis, precisamente porque le atraen lo anti heterónimo y las inspiraciones acerca del imaginario creador. Esos jóvenes quieren construir con sus conocimientos no avalados por ninguna institución una nueva realidad autónoma. Son luchas pequeñas, pero que tienen contacto con otros proyectos similares. Están convencidos de que este mundo se puede cambiar sin aspirar al poder, sino caminando y construyendo al margen del capital y del Estado. Es una apuesta que esos grupos viven en la cotidianidad. La cátedra Pablo Latapí que ahora inicia puede ser un espacio para profundizar en el pensamiento de este eminente educador y, siendo fieles a su espíritu abierto y cuestionador, para impulsar búsquedas que contribuyan prácticamente a que México cambie hacia un país donde se erradique la desigualdad, se respete la diferencia y avance la justicia social.